



# EL DIOS CREADOR

UN elemento central de la fe cristiana es la creencia en un Dios «creador de cielo y tierra, de todo lo visible y lo invisible». Esta convicción es tan importante que aparece en el primer artículo del credo. Junto a judíos y musulmanes, los cristianos afirmamos que Dios creó el mundo y sigue, de algún modo, actuando en la historia, presente en los acontecimientos cotidianos y en la propia creación.

La fe cristiana, sin embargo, desde muy pronto, se desarrolló en ciudades, desconectada de la experiencia nómada del pueblo de Israel y alejada del mundo rural y agrícola en el que –siglos más tarde– evolucionará el cristianismo. Nuestra fe, afirman los historiadores de la Iglesia, tuvo un marcado carácter urbano en sus principios, a pesar del origen campesino y artesano de Jesús y de los primeros discípulos. Hoy en día, dos mil años después, en un contexto histórico marcado por una acelerada urbanización y por la digitalización de la mayoría de los ámbitos de la vida, nuestra realidad cotidiana contrasta todavía más con la intuición bíblica.

Contrasta porque cada vez vivimos más desconectados de los ciclos de la naturaleza, olvidando nuestra condición de seres creados y dependientes del conjunto de la creación. Que haya necesidad de construir granjas-escuelas, jardines botánicos y zoológicos cerca de nuestras ciudades da buena cuenta de la distancia cultural y afectiva respecto de los ecosistemas que nos

rodean. Por ello, quizá como nunca antes en la historia, los cristianos necesitamos recuperar las raíces de nuestra fe, profundizando en la creencia en un Dios creador y prestando una atención especial a la creación como lugar privilegiado de la revelación.

En este sentido la Biblia resulta –a pesar de haber sido escrita en un contexto muy distinto al nuestro– de gran ayuda. En ella encontramos muchos relatos donde la manifestación de lo sagrado y el encuentro con Dios sucede en medio de la naturaleza: en el desierto, en el descampado, junto al río, a la orilla del lago, en medio del mar. En definitiva, en lugares alejados de la civilización y de toda presencia humana. En esos lugares acontecen casi siempre lo que luego los teólogos y fenomenólogos de la religión han denominado *hierofanías* –manifestaciones de lo sagrado– o *teofanías* –manifestaciones de Dios–.

Pensemos, por ejemplo, en el sueño de Jacob y su combate a brazo partido con Dios; o el encuentro de Moisés con la zarza ardiente; o el largo camino por el desierto del pueblo de Israel; o la experiencia de soledad de Juan el Bautista; o la misma oración de Jesús, habitualmente alejada de las sinagogas y los pueblos. La lista continúa, pero basten unas pocas referencias para darnos cuenta de que la mayoría de estas experiencias de búsqueda y encuentro con Yahvé convergen en un lugar: la creación. Y en todas estas expe-

*En medio de la creación se escucha la llamada a transformar la propia vida y aceptar la misión que el creyente descubre en su experiencia de encuentro con el Dios creador.*



riencias hay elementos similares que las convierten en espacios de la manifestación de Dios.

El aislamiento y el silencio que caracteriza a los lugares despoblados sirve de escuela de la escucha y la contemplación. Este es el primer y más importante requisito para poder encontrarse con Dios. El silencio exterior nos ayuda a hacer silencio interior, prestar atención, serenar nuestros pensamientos y analizar la intención de nuestras acciones. Pero nos ayuda sobre todo a escuchar, a escuchar a Dios.

Porque Dios habla y se expresa de múltiples maneras por medio de sus criaturas. Como nos recuerdan las Escrituras, la presencia oculta de Dios se revela progresivamente en el agua purificadora del río (Juan el Bautista), en el fuego incombustible de la zarza (Moisés), en el fragor de la tempestad (Jonás), en el sobrecogimiento de la montaña (la transfiguración del Tabor) o en el silencio purificador del desierto (las tentaciones de Jesús).

Y lo que es todavía más importante, en medio de la creación se escucha la llamada a transformar la propia vida y aceptar la misión que el creyente descubre en su experiencia de encuentro con el Dios creador. Moisés, David, los profetas de Israel, Juan el Bautista y Jesús buscan intencionalmente pasar tiempo a solas, alejados de la gente, en contacto con la creación. ¿Para qué? Para renovar sus fuerzas, para



aclarar sus ideas, para curar sus heridas, para superar la tentación, para enfrentar la soledad, para discernir, para salir transformados. En definitiva, para descubrir la voluntad de Dios.

No debemos olvidar que Jesús y los discípulos eran, todos ellos, hombres de campo, agricultores, pescadores y artesanos que vivieron desde muy jóvenes un contacto directo con los animales, las plantas, el aire, la tierra y el mar. Quizá por ello, buscar y hallar a Dios en la creación les pareciese algo de lo más evidente. Francisco nos lo ha recordado en su encíclica *Laudato si'*: «El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre. El ideal no es solo pasar de lo exterior a lo interior para descubrir la acción de Dios en el alma, sino también llegar a encontrarlo en todas las cosas» (LS 233).

De hecho, así fue en la vida de Jesús: muchas de las predicaciones, milagros, conversiones y curaciones más significativas tienen lugar en los caminos o en lugares despoblados; no en el Templo, en los lugares de culto o en las ciudades. Las bienaventuranzas –el núcleo del mensaje de Jesús– son proclamadas en el monte. Jesús camina sobre las aguas y calma la tempestad en medio del lago de Genesaret. En los campos, por las colinas, junto a los pozos, por los márgenes de los caminos o en la orilla del lago de Genesaret tienen lugar las escenas más significativas de su vida. Incluso el huerto de los olivos y el monte Gólgota se ubican en los márgenes de la ciudad santa, en la zona liminal que separa el mundo urbano del mundo rural circundante.

Es más, tras su resurrección, se aparece junto al lago. Y después de su marcha, el etiope del libro de los Hechos o el mismo Pablo de Tarso también descubrirán su presencia transformadora –como hicieron antes los discípulos de Emaús– en camino, peregrinando, alejados de la ciudad.

La presencia de Dios –parecen sugerirnos las Escrituras– se desplaza a menudo del centro a la periferia: de Egipto al desierto, de Jerusalén a Belén, del palacio de Herodes al huerto de los olivos, del Templo al monte Gólgota. Del mundo hecho por el hombre, al mundo creado por Dios.